

PONTIFICIAS OBRAS MISIONALES:

LA FIGURA DE SUS FUNDADORES Y LA ACTUALIDAD DE SU MENSAJE

He preferido detenerme en la actualidad de las Obras Misionales Pontificias y sobre la validez de su carisma en el ámbito de la actividad misionera hoy. Proponer hoy el espíritu, el carisma y la espiritualidad de las Obras nos obliga a examinar el carisma fundacional, pero, mucho más aún, a situarlo en el contexto eclesial actual. Operación necesaria, hoy, porque todo carisma, para que sea válido, es necesario que sea actualizado, que la espiritualidad se alimente incesantemente de la Palabra de Dios, y que las actividades sean siempre una respuesta a las necesidades de la liberación integral de los hombres, nuestros contemporáneos. La ley de la encarnación nos obliga a hacerlo. La finalidad, pues, de esta mi reflexión, se limita al discernimiento de los criterios y de las actividades de la cooperación misionera, propia de las Obras Misionales Pontificias. El Padre Anastasio, que es un verdadero experto en ello, les presenta continuamente a la consideración de ustedes la parte de los fundadores.

Presentaré dos puntos a su reflexión, porque son ellos los que constituyen el contenido y las actividades de las Obras Misionales Pontificias.

1. La actividad de animación y formación misionera y de comunión entre las Iglesias.

2. La ayuda económica a las jóvenes Iglesias, para que puedan realizar su misión pastoral y evangelizadora.

Desde hace algunas décadas, las Obras Misionales Pontificias están comprometidas en una reflexión sobre la validez y la actualidad de las Obras. Precisamente teniendo en cuenta los nuevos modelos cristológicos y eclesiológicos, han adecuado también el Estatuto de las OMP en dos ocasiones. En realidad, la actividad evangelizadora, así como la propone en la actualidad el Vaticano II y el magisterio de la Iglesia, es el punto de referencia obligatorio para autenticar, y actualizar el carisma y las actividades de las Obras

1. Escenarios Transformados

Estamos en un periodo histórico y eclesial que nos envía de nuevo de forma contundente a lo esencial de la Iglesia y de su misión evangelizadora. Esto nos afecta de forma muy fuerte y en primera persona. Algunas veces deseamos preguntarnos: ¿para quién estamos trabajando, para una estructura o para el Reino de Dios, venido en Cristo? ¿Cómo podemos ser nosotros mismos verdaderos siervos de la misión y formar a los otros al mismo servicio? ¿De dónde sacamos la fuerza, la inspiración y la eficacia de nuestro servicio?

Son estos interrogantes que, antes o después, atormentan-nos y a cada obrero del Evangelio. Pero lo que surge es la voluntad de encontrar de nuevo el auténtico significado de la actividad misionera, profundizando sus objetivos y finalidad.

La Iglesia, también a causa de la persecución religiosa y cultural a la que está siendo sometida, **se ve forzada a volver a lo esencial de su ser y de su actividad.** En otras palabras, a encontrar y vivir su verdadera identidad.

Cualquier otro organismo eclesial o ministerio tiene la exigencia de hacer el mismo camino para no ser un objeto de anticuario, destinado a ser expuesto en el museo de las tradiciones religiosas, sino un organismo vivo apto para testimoniar y anunciar el Reino de Dios.

Esta obra de re-centramiento, iniciada con el Vaticano II, vuelve a tener fuerza de forma especial estos últimos años. No se ha dicho nada nuevo, ya sea en los documentos pontificios como en los

Sínodos universales, pero por el análisis de las tendencias religiosas, culturales y económicas del mundo contemporáneo, se ha profundizado el Verbo de Dios (*Verbum Domini*) al cual debe hacer referencia el universo para ser informado y salvado con toda la humanidad y su historia. Está emergiendo una nueva conciencia, más cristiana diría yo, de la misión, en el sentido que es la *missio Dei et Christi*, y no una misión nuestra. Por lo que es del Padre y del Hijo de que nosotros debemos comprender la naturaleza, la metodología y discernir los medios que hay que utilizar para llevarla a cabo. Del modo como Cristo ha anunciado el Evangelio, la Iglesia debe discernir los medios que tiene que utilizar y el tipo de misión que tiene que emprender.

Ciertamente, es una obra de purificación que nosotros, los primeros, tenemos el deber de actuar, pues siendo Obras Pontificias, nuestra modalidad de comprensión y de participación a la misión casi se convierte fácilmente en un paradigma para los otros organismos misioneros.

La experiencia de los últimos años ha sido muy positiva por el hecho que ha aumentado la exigencia de re-apropiarse de los valores fundamentales de la cooperación misionera, revisitando y actualizando el carisma original de las OMP, profundizando su espiritualidad y hallando nuevos medios y nueva metodología para una animación y formación misionera eficaz de nuestras Iglesias. Este es la tarea que nos hemos propuesto llevar a cabo:

- Hacer crecer en el Pueblo de Dios, pero de forma especial en los agentes pastorales y los responsables de las comunidades (clero y laicos) la convicción de que el Reino de Dios, tal como fue anunciado y realizado por Cristo, es la única realidad capaz de realizar la ciudad del hombre, en la justicia y en la paz, dándole la perspectiva de una vida plena, en Dios.
- Animarles de nuevo a una radicalidad evangélica coherente, de la cual depende la eficacia del anuncio.
- Abrir los horizontes de la actividad de la Iglesia y de las Iglesias, para que no cedan a la tentación de cerrarse en sus torres, sino que se abran al mundo, que además obra una persecución sistemática respecto a ellas.
- Contribuir a formar la personalidad apostólica de todos los miembros del Pueblo de Dios y especialmente de quien tiene responsabilidad directa en él para el servicio de la evangelización.

Todo nuestro trabajo, en las actividades específicas de cada Obra, contribuye a alcanzar estos objetivos de cooperación misionera. La actividad de animación, la ayuda financiera a las iglesias necesitadas, son una participación real en la misión evangelizadora. Efectivamente, *evangelización* sigue siendo ese término de larga comprensión (animación, formación, anuncio) por el cual cada miembro y entidad eclesial puede y debe llegar a ser misionera.

Animación, formación y evangelización sobre el campo son sectores distintos, pero forman parte de una única misión, y tiene como finalidad única difundir el Reino de Dios, que viene del Hijo, Salvador de la humanidad.

Teniendo una única finalidad, ellos deben compartir las opciones, que deben estar en sintonía con la evangelización, por lo cual es necesario establecer los criterios de la animación, la formación, es decir; de la participación de las iglesias locales y de los organismos eclesiales en la misión. Las diversas actividades, las de apoyo, cooperación y anuncio directo in loco son distintas, pero no separables.

2. Cooperación en sintonía con la evangelización

Debemos tener la certeza que la cooperación misionera y las actividades de cooperación caminan juntas, son interdependientes y necesitan ambas visiones y praxis coordinadas.

De las actividades de evangelización obtenemos los contenidos, las actividades y las modalidades de cooperación. Si no fuese así, si no se mantuviese este vínculo estrecho e íntimo entre cooperación y misión, toda actividad de animación, desde la concienciación hasta la recogida de

fondos, resultaría estéril, poco convincente, no creíble e, inevitablemente, se reduciría a un estado comatoso. E nosotros seríamos como propagandistas (así eran llamados antes los animadores misioneros) que sitúan productos en el mercado.

Cooperación hoy no indica ayuda o apoyo a la misión, sino más bien participación directa en la misión universal. El concepto y el ámbito de la cooperación han experimentado un cambio cualitativo.

Por desgracia, la misión está sujeta a un continuo proceso de transformación. Este no es el lugar adecuado para delinear la evolución. No podemos callar el hecho que de los cambios de los modelos culturales y religiosos, de las transformaciones sociales y de los nuevos contextos eclesiales y teológicos, la evangelización ha sufrido más contragolpes que ninguna otra de las misiones de la Iglesia.

Cuanto se pone en discusión al final es el modo de ser Iglesia. Por ello es necesario releer e reinterpretar todo el misterio cristiano, reafirmando la unicidad de Cristo Mediador de Salvación. Una cierta teología de las religiones, y la misma globalización religiosa han hecho problemático el compromiso de los fieles a las actividades de evangelización. En consecuencia, la cooperación ha menguado y, a veces, ha desaparecido.

La cooperación misionera, para ser auténtica, está llamada a **revisar métodos y actividades, a ser creativa, y a leer constantemente el libro de la misión.** La misión de la Iglesia acompaña y se acompaña de la humanidad hacia su plena realización. Nuestra acción se introduce en este proceso global. Se debe comprometer con todo aquello que es humano para guiarlo a la libertad plena, total, integral. **Una cooperación que se limite sólo a la animación y al sustentamiento de las iglesias locales y de los misioneros sería incompleta.**

Esto implica consecuencia también para las Pontificias Obras Misioneras que deben llevar a cabo su obra de cooperación en el contexto de la actual actividad de evangelización. Quizás esto nos lleva a asumir decisiones que pueden poner en discusión la praxis actual.

La actividad misionera, de hecho, se coloca en el corazón mismo de la vida de la Iglesia. Es cuanto hace la *Verbum Domini* que, por extensión y por trato explícito, es un documento esencialmente “misionero”, porque por primera vez la misión evangelizadora se sitúa en la estructura profunda del dato de fe y de la reflexión teológica. En verdad se dice que todas las actividades de la Iglesia convergen en el anuncio explícito del Evangelio, como punto de partida y de llegada, siendo la Palabra de Dios, escuchada y para anunciar, (el Kerigma), la categoría sobre la que se funda la fe y la teología. No podemos situarnos de manera independiente en nuestro pensar y actuar.

3. Cambio de ruta

El Espíritu es el alma de la Iglesia y es el protagonista de la misión a Él confiada. La santifica y conduce donde Él quiere para que el diseño de la salvación se realice plenamente. Irrumpe en la historia y desestabiliza las estructuras humanas y eclesiásticas, haciendo que sientan su limitación e incapacidad, obligando así a una renovación a la humanidad y a la Iglesia con todas sus instituciones. *Emitte Spiritum tuum et creabuntur.* Es un proceso continuo de nueva creación en el Espíritu.

Este dinamismo actúa en todas las iglesias locales. A causa de la progresiva descristianización de Europa, del proceso de secularización en el continente americano, de las persecuciones en los otros continentes, las Iglesias sienten que son desafiadas más que nunca para que revisen los modelos de pastoral evangelizadora. Consecuentemente, ellas buscan nuevas formas y nuevos criterios de cooperación misionera.

Es siempre más insistente y convincente la necesidad de mirar a todo el misterio cristiano tal como fue fundado y sintetizado en la Palabra que hay que vivir y anunciar.

Hay una nueva realidad humana y eclesial. Alguien ha dicho que un mundo entero está por terminar. Durante casi tres siglos las comunidades de los creyentes en Europa han vivido en la sociedad de estado, caracterizada por una relevante infraestructura religiosa de matriz cristiana, donde el estado legitimaba la religión dándole un papel. Ahora este mundo cristiano está desapareciendo. En este momento histórico estamos llamados a una valiente labor de discernimiento. (cfr. *Rivista del Clero Italiano*, Febbraio/Anno XCII, pag. 131).

Por otras razones distintas en África, Asia y América Latina las grandes religiones pierden fieles, y movimientos espontáneos de agregaciones religiosas atraen a todas las personas desilusionadas y desencantadas de las iglesias oficiales, de las cuales no se esperan ya nada.

Esta situación de crisis puede y debe constituir un *kairòs* para la evangelización, inaugurando una nueva estación misionera, que hay que impulsar con entusiasmo y discernimiento.

Debemos movernos con valentía, sostenidos por la potencia de la Palabra de Dios.

«*Si caminamos con el Evangelio, no tenemos que tener ningún miedo a equivocarnos. Nos equivocamos cuando nos dejamos seducir por nuestras tradiciones*» (Beato Paolo Manna).

El tipo de discernimiento y de decisión está en la opción que nosotros hacemos entre el Evangelio y las tradiciones humanas. Tenemos que preguntarnos constantemente: “¿Es más importante el Evangelio o nuestras tradiciones?”. Esto ha sido objeto de consideración en las jornadas pastorales.

Tenemos entonces que preguntarnos: ¿Cuáles son los criterios para una futura cooperación misionera? En realidad se trata de esto, pues no somos una agencia de ayuda mutua, ni un organismo filantrópico.

4. Compromiso decidido de todos en la *missio ad Gentes*

La *Verbum Domini* confirma “la necesidad en nuestro tiempo de un compromiso decidido en la *missio ad gentes*” (95), porque “la Palabra de Dios es la verdad salvadora que todo hombre necesita en cualquier época” (ibid.).

La Palabra de Dios “nos concierne como *destinatarios de la revelación divina*” (91) por lo que estamos o debemos quedarnos bajo el dominio de la Palabra, casi marcados con sellos de fuego por ella, de la cual debe depender la vida y el ministerio misionero. Solo así estamos habilitados para el anuncio (cfr. 91).

Estudiar, contemplar, responder y vivir según la Palabra de Dios, en vista del anuncio, es la vida y la misión de la Iglesia y de cada fiel.

Toda la actividad de la Iglesia debe tener como motivo inspirador, contenido y fin el Verbo Encarnado, Jesucristo, que constituye una espina en la flanco del Apóstol y del teólogo para que no cedan a la tentación de ***reducir la evangelización a un proyecto de liberación intramundano, escondiendo o callando la dimensión trascendental de la salvación ofrecida por Dios en Cristo.***

Misión de la Iglesia es anunciar la Palabra de Dios al Mundo, *Verbum Mundo*, es cuanto se trata en la tercera parte de la exhortación apostólica, en la cual se confirma «*La necesidad del anuncio explícito y la urgencia de hallar “nuevas formas para poder comunicar eficazmente la Palabra de Dios”*» (97).

Se ha hecho necesario actualizar la comprensión del misterio cristiano, el sentido de la vocación, la espiritualidad, las finalidades, los ámbitos y los destinatarios de las actividades.

La necesidad de experimentar nuevas vías es urgente, nos dice Benedicto XVI, vías capaces de hacer pasar de manera eficaz el mensaje evangélico, y de recuperar esa dimensión “religiosa” cristiana descuidada durante mucho tiempo.

Frente a las desviaciones de la visión antropológica y gnoseológica, el magisterio de Benedicto XVI no pierde ocasión de hacer un llamamiento a los cristianos y a todos los pueblos en la búsqueda de la Verdad sobre Dios y el hombre.

El segundo artículo del Estatuto dice: “La misión deberá tener siempre como fundamento, centro y vértice de toda su actividad, la inequívoca proclamación de que sólo en Jesucristo se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de gracia y de la misericordia de Dios mismo”.

Pero hay que encuadrarlo, reflexionarlo y llevarlo a cabo partiendo del principio primero, inmutable e irrenunciable: el Evangelio no es sabiduría humana **sino la Sabiduría encarnada de Dios** que vive con los hombres, que orienta hacia su plena realización en el curso de la historia hasta el cumplimiento final.

La historia de la evangelización pasó por fases diversas en las que se sucedieron comprensiones y metodologías diversas. Pero nunca faltaron las dos constantes que garantizan la fidelidad y el vínculo con la tradición apostólica: la cristológica y la eclesiológica. No pretendo hacer una disertación existencialista. El cristianismo no es una corriente de pensamiento, de espiritualidad, sino el encuentro de una persona, de una comunidad con el Viviente, en vista de la salvación integral en sus situaciones concretas.

Hay que centrar la problemática de la evangelización en el evangelizador. Diversas voces en la Iglesia se están preguntando con insistencia sobre la relación entre el dinero (medios y metodología humana] y la evangelización. Adelanto que no estoy planteando un problema ético (transparencia y uso recto de los dones), ni espiritual (aunque éste no esté ausente), ni de metodología misionera, sino de fe.

5. Presento dos pasajes del Nuevo Testamento:

1. *Yendo al templo a rezar, Pedro pasa junto a un tullido desde su nacimiento que le pide limosna. Pedro responde: “No tengo plata ni oro; pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesucristo Nazareno ponte a andar” (Hch 3,6).*

2. *La colecta que Pablo organiza en beneficio de la Iglesia de Jerusalén. “En cuanto a este servicio en favor de los santos, me es superfluo escribiros. ...he creído necesario rogar a los hermanos que vayan antes donde vosotros y preparen de antemano vuestros ya anunciados generosos dones, a fin de que sean preparados como dones y no como una tacañería” (2 Co 9,1,5).*

5.1 Línea Petrina

No cabe duda de que en estos últimos tiempos se considera la actividad misionera sobre todo teniendo en cuenta la aportación que puede dar en el ámbito de la promoción humana, de la justicia y de la paz. Sólo así, se dice, se puede legitimar el cristianismo en esta cultura que o es agnóstica como en los países occidentales avanzados, o está viciada por nacionalismos e intolerancias de las diversidades religiosas. Todo esto requiere ciertamente ingentes recursos económicos.

El privilegiar las constantes bíblicas de Mesías y de Reino lleva inevitablemente a acentuar todo esto. Por lo cual las misiones se convirtieron en un campo de trabajo permanentemente abierto. Las deficiencias estructurales de los estados en cuestiones de sanidad, instrucción, comunicaciones, transportes y casas vinieron a ser el área en la que las iglesias emplean personal y recursos financieros, que nunca bastan.

Es necesario financiar a las iglesias jóvenes que necesitan estructuras apropiadas, como la construcción de seminarios, lugares para la catequesis y personal especializado para la enseñanza y la formación. Todo esto es necesario, dirá alguno.

Pero no nos exime de preguntarnos en qué dirección estamos caminando, qué proclamación del Reino estamos haciendo, y en qué o en quién basamos la eficacia de nuestro trabajo apostólico, porque corremos el riesgo de sustituir la Missio Dei por nuestro proyecto humano de salvación.

Si hay una realidad fundamental, obligatoria, en la actividad misionera, esa es la proclamación del poder salvador del nombre de Jesús. Los misioneros, las iglesias antiguas o jóvenes, ricas o pobres, no tienen más poder que el del nombre de Jesús. A la muchedumbre de judíos que miraban con estupor a Pedro y a Juan porque habían sanado al paralítico, Pedro responde y aclara: “Por la fe en su nombre, este mismo nombre ha restablecido a éste que vosotros veis y conocéis” (Hch 3,16). A los judíos que les preguntan “con qué poder o en nombre de quién habéis hecho vosotros esto” (Hch 4,7), los apóstoles responden: “en el nombre de Jesucristo Nazareno” (Hch 4,10), declarando que “en ningún otro hay salvación”. Y la comunidad de Jerusalén reunida con los apóstoles en oración, reza para que el Señor “extienda su mano y se realicen curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús” (Hch 4,30).

Una cosa debe quedar clara: si queremos volver a asumir hoy con vigor la misión evangelizadora, tenemos que convencernos de que, como comunidad de Jesús, no debemos ni podemos ofrecer sino a Jesucristo Salvador. Esta es nuestra única riqueza, este es nuestro único poder, esta es la única contribución a la salvación integral de la humanidad.

Nuestra disposición fundamental, que reduce toda la actividad evangelizadora a un principio simple y unificador, es la aceptación de una pobreza evangélica. “No tengo oro ni plata”, no tengo nada mío que ofrecerte para tu salvación. Los misioneros experimentaron en su propia carne el fracaso de sus proyectos y trabajos, cuando pusieron la confianza en sus medios y estructuras. El Espíritu Santo desbarata de manera dramática los proyectos humanos. No se deja embridar por nuestra lógica. La evangelización exige hoy, existencial y no sólo teóricamente, un cambio copernicano; se nos invita a poner nuestra esperanza sólo y exclusivamente en el poder salvador de Cristo. No podemos abatir al gigante Goliat con la armadura pesada e incómoda de Saúl. Necesitamos la honda ligera, que es la Palabra de Dios.

Esta exigencia kenótica nos obliga a revisar la orientación de nuestra actividad apostólica y de las categorías misionológicas. Y aquí entran directamente en cuestión tanto las iglesias como los varios sujetos de la evangelización.

Tenemos que preguntarnos si creemos aún en el poder salvador de la Palabra de Dios que, por su Espíritu, realiza la salvación de la humanidad, o si tendemos a sustituir esta salvación por nuestros proyectos, confiando en nuestros análisis y en nuestros medios, que frecuentemente se repiten y se desvirtúan en la agenda de este mundo.

5.2 Horizonte religioso de la misión

Este interrogante nos obliga a situarnos en el horizonte “religioso” de la misión, a revitalizar nuestra fe, que corre el riesgo de perder su radicalismo ante la complejidad y pluralismo de culturas y religiones. Se deja sentir hoy fuertemente la laicización de la misión de la que habla Juan Pablo II, insistiendo preferentemente en la categoría de Reino. La teología tiene que recuperar la visión global del misterio cristiano, poniendo de relieve con más fuerza y convicción que el Reino es el proclamado, realizado e identificado con Jesucristo Nazareno. Volver al nombre de Cristo implica una revolución enorme, que no siempre los sujetos de la misión están dispuestos a realizar, porque exige una revisión de estilos de vida, y una progresiva revisión de las estructuras y, por tanto, una disminución voluntaria de recursos económicos. Quizá haya que aprender del mundo budista que llama a sus adeptos a una ‘forced poverty’.

La riqueza humana esteriliza el poder salvador del nombre de Cristo. Es en la debilidad donde se manifiesta la gracia de Dios. Antes de hablar, más aún, para poder hablar con propiedad de la autosuficiencia de las jóvenes iglesias y de las comunidades cristianas en general, de la inculturación del Evangelio, de la fe y de la Iglesia, y de las mismas actividades de promoción humana, es necesario reapropiarse el elemento fundamental, que es Cristo, con el que deben confrontarse todos los problemas que conciernen a la misión y por el que son juzgados.

La pobreza evangélica, en su radicalismo, es en sustancia una proclamación y un testimonio convencido de nuestra fe y de nuestra confianza plenas en el poder salvador de Cristo. La actividad misionera tiene aún mucho camino que recorrer en este aspecto.

Estructuras demasiado ricas en relación con el nivel de vida del ambiente, disponibilidad económica muy superior a la de las demás instituciones locales semejantes, posibilidad efectiva de viajes nacionales y continentales para reuniones, formación de líderes, afluencia continua de dinero para promoción humana en sus más variados aspectos, destinado a las iglesias locales, generan serias consecuencias y sospechas en la sociedad civil, y hacen difícil reconocer el rostro de Cristo que se esconde detrás de la riqueza y del poder económico.

La misión está llamada hoy a privilegiar la línea petrina. No tengo oro ni plata. Quizá así se encuentren también soluciones para las interminables cuestiones sobre la autosuficiencia, la inculturación y la legitimación de los varios carismas de la comunidad, porque serán iluminados de manera natural por la luz de Cristo. Digo que es fundamental el elemento cristológico de la misión. Hay que ver y encuadrar el ministerio mesiánico de Jesús en su situación de Salvador y Señor.

5.3 Colecta paulina – signo e instrumento de comunión ente las Iglesias

San Pablo, enamorado de Jesucristo por cuyo amor se ve impelido a predicar, organiza la primera colecta universal de la historia de la Iglesia. Invita a todas las iglesias por él fundadas a socorrer a los santos en Jerusalén, que se encuentran en estrechez económica a causa de la persecución y de la carestía que se abatió sobre ellos.

Por la amplia descripción que de ella hace en sus cartas y por las alusiones en los Hechos de los Apóstoles podemos pensar que S. Pablo daba una importancia fundamental a esta obra “generosa, que es un servicio sagrado” (2Co 9,12).

Se preocupa por su organización y sigue su desarrollo durante todo el tiempo. Acepta a Tito, “designado por elección de todas las iglesias como compañero de viaje en esta generosidad” (2Co 8,19), a quien añade los delegados y representantes de las iglesias porque quiere “evitar todo motivo de reproche por esta abundante suma que administramos; pues procuramos el bien, no sólo ante Dios sino también ante los hombres” (2Co 8,23). Anima constantemente porque “el servicio de esta acción sagrada no sólo provee a las necesidades de los santos, **sino que redundaba también en abundantes acciones de gracias a Dios, por vuestra obediencia en la profesión del Evangelio de Cristo y por la generosidad de vuestra comunión con ellos y con todos**” (2Co 9,12).

Es verdad que Pablo toma la iniciativa de la colecta por la situación de necesidad de la comunidad de Jerusalén. Pero esto no basta. Lo que debe impulsar a las varias comunidades de Asia Menor es el hecho que son partícipes del misterio de Dios en Cristo y que son, por tanto, la nueva humanidad. Las comunidades cristinas deben seguir el ejemplo de Cristo, que “siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2Co 8,9). La gracia y la liberalidad de Cristo deben ser la medida de la liberalidad de los cristianos. Estos existen para los demás, deben compartir todo lo que tienen con los demás, para que “reine la igualdad” (2Co 8,14). Esta es la práctica de la primera comunidad apostólica.

Los cristianos deben dar con alegría, con abundancia, porque Dios ama a quien da con alegría y no permitirá que a nadie falte lo necesario, incluso “suministrará y multiplicará la semilla”, que dará abundante fruto. Es Dios Padre quien concede sus dones, para que los cristianos, como miembros de una sola familia, los pongan a disposición de todos, según las necesidades de cada uno. “El que mucho recogió, no tuvo de más; y el que poco, no tuvo de menos” (2Co 8,14).

Los cristianos son miembros del único Cuerpo de Cristo. Hay entre las varias iglesias una comunión íntima, que se manifiesta concretamente en el intercambio de dones espirituales y materiales, dando cada uno lo que puede y recibiendo cuanto necesita. En esta dialéctica de comunión ninguna Iglesia puede echarse atrás. Las Iglesias de Macedonia transformaron su gran pobreza en la riqueza de su

generosidad, ofreciéndose al Señor y a Pablo para participar en este concurso de generosidad. La Iglesia de Jerusalén por el momento sólo puede dar gracias a Dios por las nuevas iglesias nacidas del paganismo. La colecta es inspirada y es un signo tangible de la plena comunión entre las iglesias.

Este aspecto tenía para Pablo una importancia fundamental para la autenticidad de su acción misionera. “No quiero correr en vano”. Con la colecta, las Iglesias nacidas de los gentiles reconocían a la Iglesia de Jerusalén como su Madre, y eran reconocidos por ella como iglesias en línea con la tradición apostólica. Esto era necesario, en aquel momento crítico en el que estaba en juego el espinoso debate entre los judío-cristianos y los helenistas sobre la necesidad o no de pasar por la ley mosaica para llegar a Cristo. Ver la carta a los Romanos y a los Gálatas. Pablo, que en nombre del Evangelio se exonera de la ley mosaica, no quería correr en vano, no quería que sus iglesias fuesen vistas como cuerpos ajenos a la tradición y a la comunión apostólica. La colecta constituía para él una prueba indirecta de la unidad de la Iglesia. La colecta paulina tiene, pues, un gran valor cristológico, teológico y eclesiológico. Se trata de un comportamiento que es coherente con el misterio cristiano.

6. La misión del dinero

Vuelvo sobre un slogan mencionado en la conferencia del P. Helmut Raikowski: “**Asignar una misión al dinero**”, que a muchos parecerá una expresión blasfema. No podéis servir a Dios y al dinero.

Para que brille la misión de Cristo, ésta no debe ser en ningún modo oscurecida por el poder del dinero. El problema que estoy planteando, con otros muchos, no es el recto uso del dinero, no es sólo un problema de orden ético, aunque éste deba ser lo mínimo necesario requerido, sino su significado según lo que emerge de los cc. 8-9 de la segunda carta a los Corintos

Se podría objetar, con razón, que en el siglo XXI cambió la conciencia y el valor mismo del dinero, que hay una conciencia política más clara, una mayor conciencia de la justicia social, una nueva y revolucionaria mentalidad de solidaridad. Y las religiones mismas deben acomodarse a ello y cambiar de piel, si llega el caso.

¿Podría la colecta paulina por la Iglesia de Jerusalén ofrecernos aun hoy algunas líneas de orientación para toda la animación y trabajo de evangelización en la Iglesia y en el mundo, especialmente entre los países más pobres? Nos preguntamos: ¿Pueden coexistir misión y dinero? ¿Cómo? ¿Cuál es la prioridad absoluta, inmediata? ¿Cuáles serían las líneas prácticas para que Cristo no sea oscurecido, sustituido u ofrecido en nombre del dinero?

6.1. La comunidad que hace la colecta.

Son incontables las campañas actuales de captación de fondos para solucionar emergencias causadas por desastres naturales (terremotos), conflictos armados que obligan a emigrar, hambre, enfermedades y situaciones de injusticia sistemática que dejan millones de pobres. Se asiste con una cierta preocupación a la constante e insistente petición de ayuda económica por parte de diócesis y sacerdotes particulares para sus necesidades y las de la comunidad que les fue confiada. Todo esto contribuye a confirmar la impresión de que la misión es esencialmente promoción humana y la cooperación misionera una participación en la colecta de un domingo sí y otro no. La sociedad civil copió bien la praxis cristiana, la hizo más funcional y provechosa, ya que puede usar los medios de comunicación estatal. Habría que decir como Cristo: También los paganos hacen lo mismo.

Pero la colecta cristiana debe tener *una connotación cristológica*. Exige una asimilación y una apropiación de Cristo, del núcleo fundamental de su vida, de su opción radical de despojarse de sí mismo y de su propia riqueza divina para enriquecer a sus hermanos, de los que Él es el

primogénito. El dinero debe ser signo e instrumento de una oblación de sí mismo, primero al Señor y después a los hermanos, para que sea instrumento de evangelización de una humanidad que debe basarse en el amor y la solidaridad. No se trata, pues, de poner en práctica técnicas y astucias para recoger más. La colecta debe *ser el signo de una comunidad cristiana* que maduró en el seguimiento de Cristo, capaz de cambiar la cultura misma de este mundo, basada en el provecho personal y en el individualismo.

La colecta debe tener *la dimensión teológica de la bondad y liberalidad de Dios*, que ha dado abundantemente a los pobres y enriquece con todo don y gracia a cuantos proveen con alegría a las necesidades de los hermanos y hermanas, que por ello elevarán a Dios un himno de acción de gracias.

La colecta debe ser cada vez más *el signo de comunión entre las Iglesias*, de la solicitud recíproca, que tiende a igualar a los miembros de la misma familia. La colecta debería ser esencialmente signo de la única y común fe de los cristianos, que son conscientes de ser miembros de un solo cuerpo, que es Cristo, y que intervienen y prestan ayuda a las partes que sufren. No se trata de una relación entre quien tiene y tiene la posibilidad de dar y quien no tiene. Esto crearía inevitablemente la creación de una cierta dependencia de las iglesias beneficiadas sobre sus orientaciones de vida y de pastoral, a ejemplo del Fondo Monetario Internacional que exige un ajuste estructural de la economía de los países a los que concede préstamos.

“No sea así entre vosotros”

La colecta, y por tanto el dinero, *debe encuadrarse en la dinámica del misterio cristiano*, para que sea instrumento de evangelización. Creo que una lectura atenta de la Carta Encíclica “Deus Caritas Est” valorizaría esta realidad tan sencilla, y no obstante tan difícil de configurar y de aceptar. Es necesaria una metanoia total con respecto al dinero, pero no para dar un tinte cristiano a una obra de promoción humana, o para ganar prosélitos para el cristianismo y ampliar su zona de influencia, sino para que resplandezca el misterio del Dios-Amor que en Cristo salva a la humanidad. “Nadie puede servir a dos señores. No podéis servir a Dios y al dinero” (Mt 6,24).

6.2 Pobreza evangélica

Esta conversión concierne en primer lugar a los evangelizadores, embajadores y heraldos de la voluntad liberadora de Dios ante la humanidad.

En este nuestro tiempo en que la única realidad universalmente reconocida es el dinero, urge invitar a los misioneros, tanto locales como extranjeros, para que actúen sólo con el poder de la Palabra de Dios, pobre y crucificada por amor de la humanidad. Se trata, ante todo, de un estilo de vida pobre, que debe caracterizar a las personas y a las comunidades evangelizadoras. La pobreza evangélica fue siempre como una sirena que encantó a todas las generaciones cristianas y de la que brotaron de vez en cuando procesos de purificación en la Iglesia, creatividad y eficacia de su acción pastoral y evangelizadora.

En medio de esta cultura, que tiende a recuperar y privilegiar las identidades de los particulares y de los grupos, las comunidades cristianas necesitan urgentemente reapropiarse de su identidad de *misioneros pobres e itinerantes*, según las condiciones que puso Cristo a sus apóstoles, como consta en el discurso de envío del Evangelio de Mateo: “No toméis oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento” (Mt 10,9-10).

Los pobres de Asia, de África, de América Latina y de Europea deben acoger a los misioneros como signos y sacramentos de Cristo: “Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado” (Mt 10,40), y no por los recursos y las ayudas que puedan ofrecerles. Para que esta acogida, diría que “sacramental”, sea posible, el Apóstol debe perder su

propia vida, es decir, debe seguir a Cristo, negándose a sí mismo y tomando cada día su propia cruz (Mt 10,28-39).

Esto nos haría experimentar en verdad la capacidad salvadora del nombre de Cristo. Por otra parte, serviría para borrar el clima de sospecha que las autoridades políticas de las naciones alimentan con respecto a los cristianos, acusados de imponer religiones y culturas extranjeras con su poder económico. Una iglesia pobre en el estilo de vida y en las estructuras, humanamente indefensa, es el medio de comunicación más directo y convincente de la debilidad del amor de Dios. Las naciones no la temerán, porque verán que “la actividad misionera tiene como único fin servir al hombre, revelándole el amor de Dios que se ha manifestado en Jesucristo” (RM 2) y que “su Evangelio no resta nada a la libertad humana, al debido respeto de las culturas, a cuanto hay de bueno en cada religión” (RM 3). Y si, a pesar de todo, es objeto de persecuciones y discriminación lo será a causa del Evangelio, no por motivos humanos.

6.3 Inculturación

El proceso de inculturación sólo puede realizarse si los agentes de la evangelización y las comunidades cristianas viven la pobreza evangélica. De no ser así, se reduce a una operación académica o a una yuxtaposición externa de doctrinas o de ritos, que les sería difícil de comprender a los fieles.

De hecho, hablar de inculturación quiere decir referirse directamente a la semilla del Evangelio del Reino que, creciendo, llega a ser un árbol en cuyas ramas anidan las aves del cielo. Es la más pequeña de todas las semillas (Mt 13,32).

Como toda semilla, también la del Reino de Dios lleva en sí misma un principio de desarrollo, una fuerza secreta que la llevará a su pleno desarrollo. “Duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece sin que el sembrador sepa cómo” (Mc 4,27).

Esta semilla, que es Jesucristo, Palabra de Dios sembrada en la humanidad, rechaza decididamente todo medio poderoso (abundancia de bienes, prodigios y dominio; cf Mt 4,1-11) para crecer y propagarse. Es una semilla que para producir fruto debe antes pudrirse y morir (Jn 12,24). Es este el camino que siguió Cristo, como lo expresa el himno cristológico de Pablo en su Carta a los Filipenses: “*Cristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo y haciéndose semejante a los hombres ...se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz*” (Flp 2,6-8). Esta semilla se plantó en las raíces profundas de la humanidad, hasta en la parte más oscura y despreciada de ella como los pobres, los oprimidos, los marginados y los abandonados y olvidados de Dios, cuya suerte compartió. En virtud de esta encarnación iniciada con el nacimiento y continuada durante toda su vida, Cristo fue elevado y atrae a todos hacia sí, convirtiéndose en camino, verdad y vida, expresión y lenguaje para todos los hombres. Sólo en el misterio de Cristo se comprende el misterio del hombre.

Por eso San Pablo en la misma carta a los Filipenses consideraba pérdida y basura todo lo que tenía como educación y tradición religiosa, en la que era un personaje prominente, con tal de ganar a Cristo y de ser hallado en él con la justicia que deriva de Dios, basada en la fe (cf Flp 3,7-10). Porque este es el escándalo cristiano que seguirá siendo tal: “Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los paganos” (1 Co 1,23), la Sabiduría divina en contraposición a la sabiduría humana. Por eso confiesa cándidamente no saber nada que no sea Jesucristo, y éste crucificado, que es el testimonio, o como algunos traducen, el misterio de Dios.

Pero eso no le impide, incluso lo impele a “ser esclavo de todos para ganar a los más que pueda. Con los judíos me he hecho judío para ganar a los judíos; con los que están bajo la Ley, como quien está bajo la Ley -aun sin estarlo- para ganar a los que están bajo ella. [...] Me he hecho débil con los débiles, todo a todos” (1Co 9,19-23). Por esta libertad en Cristo y con el ansia de comunicarlo

anuncia en Atenas el misterio de Dios con toda la pericia metodológica anti-idolátrica del judaísmo, y presenta a Cristo como la respuesta al Dios desconocido, al que había un altar consagrado. Pero el fracaso fue casi total. Desde entonces, la predicación de San Pablo rechazará los adornos de la sabiduría griega (cf La Biblia de Jerusalén, Hechos, cap. 17, nota 17,32).

Come base de una verdadera inculturación está la espiritualidad kenótica de abajamiento, de la pobreza y del compartir, de los que la Iglesia y los mensajeros del Evangelio no pueden prescindir. La semilla del Evangelio es sembrada en otros países y culturas, no con grandes obras ni con manifestaciones de poder, sino con sencillez; crecerá asumiendo su peculiaridad según la calidad y las condiciones del terreno local, sin peligro de ser ahogada o condicionada por el poder económico o la sabiduría humana. La necesidad y el uso del dinero deben confrontarse, pues, con este requisito fundamental del misterio cristiano, porque la inculturación no es un vestido o revestimiento cultural del Evangelio sino que es esencialmente el camino progresivo de santidad evangélica de la comunidad cristiana local. Modelos de vida personal y comunitaria, estructuras ricas en un ambiente predominantemente pobre, convierten a las comunidades cristianas en un oasis en el desierto, condenadas inevitablemente a ser consideradas como un gueto, aisladas del ambiente en el que viven.

El proceso de inculturación es cosa de la comunidad local, que asimilando y viviendo los imperativos del Evangelio llega a expresarlo y revestirlo de su propia sensibilidad religiosa, cultural y social, hasta el punto de convertirlo en fermento que purifica y exalta los valores culturales y religiosos locales.

Con esto no excluyo la necesidad de la contribución del pensamiento teológico, al que incumbe la tarea de repensar el dogma, la liturgia y la catequesis en el contexto de las constantes culturales del lugar, pero sin perder de vista la vida de la comunidad cristiana.

Quizá sea necesaria una reflexión sobre las estructuras eclesiológicas, que determinan la metodología de la evangelización y presentan la imagen de la Iglesia.

6.4 Iglesia particular

No tengo la intención de volver aquí sobre el tema eclesiológico de la naturaleza y dignidad de las **iglesias particulares**. Sólo quiero aludir a una conclusión inmediata que de ellos deriva y que se convirtió en objetivo obligatorio. Es la autosuficiencia – self-sufficiency.

El decreto conciliar *Ad Gentes* (AG 3, n.19) describe la situación particular de las iglesias jóvenes, “que se encuentran situadas con frecuencia en las regiones más pobres del orbe y que se ven muchas veces en gravísima penuria de sacerdotes y en la escasez de recursos materiales”. A ellas hay que ofrecer esos recursos y pide que se organice la pastoral de manera que “puedan proveerse a sí mismas poco a poco y ayudar a otras”.

Bajo este aspecto se justifican tanto la palabra como el objetivo de la autosuficiencia. Pero es lícito preguntarse de qué “autosuficiencia” hay que hablar y de qué autosuficiencia tienen necesidad las iglesias locales para que se lleve a cabo.

Una iglesia local es autosuficiente cuando vive de su fe y de sus medios y no emprende obras que son propias de la mentalidad e historia de las iglesias de los países occidentales. Si fuese así, las iglesias dependerían siempre de la afluencia del dinero de afuera, porque los recursos locales nunca les permitirán hacer obras que las comunidades locales no puedan realizar y mantener.

Aquí están implicados los misioneros extranjeros y las Iglesias antiguas, que deben vigilar para que el dinero no se convierta en “criterio último de la actividad de una misión, que no puede reducirse a actividades estipendiadas y a obras más o menos gratuitas sino que más bien debe destacar por su celo y virtud, por su sacrificio y testimonio y por la transparencia de su fe” (G. Butturini-G. Colzani, *Illuminata passione*, p. q126).

Pero toca también a las iglesias locales lograr la autosuficiencia mediante la autofinanciación, que por la fuerza de las cosas las obligará a un estilo de vida acorde con los niveles de vida de su sociedad, y a construir y mantener estructuras eclesíásticas según sus posibilidades económicas. Se requiere un cambio de mentalidad por parte de los evangelizadores y de las mismas iglesias.

7. Conclusión

Esta reflexión, obvia en el mundo misionero, y cada vez más solicitada para autenticar nuestra actividad misionera, corresponde a la naturaleza y a la tarea que el Estatuto de las Obras Misionales reconocen y asignan a cada Obra. Debemos retener como algo verdadero y serio la prioridad de las tareas que se asignan a cada Obra, y no solamente en un ámbito en el que justificar nuestra preocupación en lo económico, así como es verdad que la eficacia de la evangelización reside en la Palabra de Dios y en la fuerza del Espíritu. El Estatuto es claro a este propósito, y no podría ser de otra manera.

La Obras Misionales Pontificias son don del Espíritu a la Iglesia, deben transformar la adhesión a Cristo de los fieles en viva corresponsabilidad misionera.

Propagación de la Fe: sabedora de que la evangelización es ante todo una acción del Espíritu Santo, suscita en los fieles en primer lugar la oración y el sacrificio por la misiones (art. 6).

San Pedro Apostol: pímero objetivo es “utilizar los recursos espirituales, especialmente la oración y el sacrificio, para obtener del “Dueño de la mies que envíe operaios a su mies” (art. 11, & a).

Santa Infancia: despertar y desarrollar en los niños y adolescentes una conciencia misionera universal, y conducirlos hacia una comunión espiritual (art. 13).

PUM: su finalidad es la formación e información misionera de los sacerdotes, de los miembros de los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, de los seminaristas... (art. 20).

También, “la común solicitud por las necesitadas misioneras de toda la Iglesia y de cada Iglesia particular, ha hecho de las Obras Misionales Pontificias expresión de la comunión y solidaridad universal. Para ello, las Obras dan vida cada una de ellas al Fondo Universal de solidaridad” (art. 20) Ma devono essere rispettate le finalità prioritarie, come è stato già detto prima. Se mettiamo la nostra maggior preoccupazione solo nella colletta, forse ci allontaniamo anche dallo spirito e dalla autentica attività di cooperazione e non so se stiamo facendo il bene delle Chiese locali, specialmente di quelle più povere.

“El sistema de financiación y el dinero no son, por tanto, algo neutro o simplemente técnico: se refiere de tal manera a la concepción de la vida cristiana que la opción por una forma u otra no puede menos de configurar una imagen precisa de Iglesia, susceptible de edificar o de escandalizar a pueblos que son, por otra parte, profundamente religiosos” (G. Colzani, o.c. p. 127). La Iglesia va tomando conciencia de ello. El incesante y apasionado magisterio de los últimos pontífices es un buen testimonio. El Espíritu Santo, que guía a la Iglesia en la comprensión de Cristo, nos está haciendo comprender que sólo en la debilidad del amor de Dios conseguimos difundir su reino.

Se requiere una vigilancia continua y atenta. Conserva toda su validez el grito del Beato P. Manna cuando dijo ya desde el 1930 que “el dinero enviado por los cristianos de Occidente había sido un impedimento más que una ayuda para el desarrollo de la Iglesia indígena” (G. Butturini, Le missioni cattoliche in Cina tra le due guerre mondiali. Osservazioni sul metodo moderno di evangelizzazione di p. Paolo Manna, EMI, Bologna 1998, p. 148). La colecta paulina en beneficio de las iglesias necesitadas debe estar motivada por el vínculo de amor y de comunión que viven los cristianos por su fe en Cristo, el único nombre en el que la humanidad puede salvarse.

P. Vito del Prete, Secretario General de la Pontificia Unión Misional
Jornadas Nacionales de Delegados Diocesanos de Misiones
y Asamblea de Directores Diocesanos de OMP
24-26 de mayo de 2011